

La curación es siempre específica, por remoción o neutralización de las causas, y por aplicación interna en el caso de perturbaciones generalizadas o por aplicación externa en las localizadas; se tiene asimismo la idea de que un factor contrarresta a su opuesto, y por otra parte —aunque no reciban estas denominaciones— el de que frente a las enfermedades físicas existen otras de carácter psíquico.

De este análisis deduce el autor una serie de consejos prácticos para el médico occidental que haya de actuar en este pueblo o en otros de cultura semejante; entre ellos se cuentan los siguientes:

- 1o. Hacer comprender al indígena que el médico mismo comprende sus limitaciones.
- 2o. No refutar las causas que el paciente aduce como productoras de su enfermedad, sino tratar de capitalizarlas para hacerle más aceptable el remedio de la medicina moderna.
- 3o. Darse cuenta y hacer notar a los interesados el parecido entre la medicina moderna y las prácticas nativas, y mostrárselas como complementarias en aquellos puntos en que no existen semejanzas entre ambas.
- 4o. No menospreciar la técnica del *sajorin* o curandero nativo, ya que este actúa como un estabilizador socio-psíquico, en un terreno en el que el médico occidental por pertenecer a una cultura distinta, difícilmente podría tener entrada.

Esta última serie de consejos nos hace ver la forma en que un análisis antropológico de tipo teórico puede resultar

beneficioso para la introducción de modificaciones aculturadoras de los pueblos indígenas, las cuales es preciso introducir en ellos causando el mínimo de choques y trastornos.

Creemos que, a pesar de la modestia en la presentación, esta obra muestra una senda que es aconsejable proseguir.

RAMOS, GUERREIRO: *O Processo da Sociologia no Brasil*. Esquema de uma historia de ideias. Rio de Janeiro, 1953.

Brasil destaca singularmente en el panorama sociológico contemporáneo por el número de sus sociólogos así como por la seriedad con que se investigan los temas de la difícil ciencia de lo social. Entre los más destacados cultivadores de esta disciplina en ese país, debe contarse a Guerreiro Ramos que nos ha dado una Sociología Industrial hecha con esmero, y que ahora nos permite asistir al proceso reflexivo de la sociología brasileña que ya tiene conciencia de sí, que se ha percatado ya del sentido de su historicidad.

Y es precisamente hacia la historicidad de la disciplina sociológica en general hacia lo que en primer lugar llama nuestra atención Guerreiro Ramos en su opúsculo; historicidad que, no le es —con todo— privativa ya que las mismas categorías matemáticas y físicas están sujetas —según él mismo anota— a contingencias históricas.

Ese carácter contingente le hace ver como lejana la universalidad de la sociología, ya que ni la unificación supranacional bastaría a impedir esa contingencia de la especie, que limita la perspectiva del conocimiento. Y si fueron los imperativos prácticos los que suscitaron su nacimiento e impulsan su desarrollo,

nada de extraño tiene que la específica problemática de cada país la influya distintamente, hasta el grado de convertirla en instrumento de desciframiento nacional.

Encuentra Guerreiro Ramos que, en los países coloniales, la sociología se vuelve programática e instrumental, asumiendo a veces actitudes paradójicas que se manifiestan en una tendencia entre un esfuerzo creador y uno meramente glosador de las orientaciones vigentes en centros extranjeros: la primera, que surge entre los menos letrados, mientras la segunda se produce entre los más cultos, obediente a un imperialismo mimético no coercitivo, sino asegurado por la fascinación.

Señala como integrantes de la corriente creadora en el Brasil a Silvio Romero, Euclides da Cunha, Alberto Torres y Oliveira Viana, en tanto que en la otra se encuentran Tobías Barreto, Pontes de Miranda, Tristao de Ataíde, Pinto Ferreira y Mario Lins, con una subrama en la que cuentan Nina Rodríguez, Gilberto Freyre y Arthur Ramos con su tendencia etnologista.

Considera que Barreto es el fundador de la Sociología brasileña no obstante su negación de la existencia de tal disciplina y su polémica contra Silvio Romero. Fué él quien afirmó que los genios son fenómenos sociales, que la parremiología expresa la más alta sociología, que los periodistas son los mejores sociólogos, ya que la sociología no es ciencia hecha sino siempre por hacer, y que en Brasil "el pueblo sigue amorfo, sin más vínculos de comunidad que la lengua, las malas costumbres y el servilismo", en todo lo cual Guerreiro ve un sadomasoquismo enajenado (en el sentido de pensante según una mentalidad ajena; en este caso, la germánica).

En Pontes de Miranda reconoce a un sociólogo que piensa en alemán, pero con autenticidad y fuerza creadora, caso único de sociología pura en su país, que "si no es universal es por haber escrito en portugués" ya que ni fiscalistas ni operacionistas extranjeros llegan a superarle.

Pinto Ferreira es para él caso extremo de enajenación ya que llega a citar hasta en ruso, en tanto que Mario Lins, no obstante hacer su carrera más en el extranjero —sin salir del país— que en el Brasil, dedicado, sobre todo a problemas epistemológicos, mereciendo de nuestro autor el nombre de *doctor seraphicus*.

Respecto de Tristao de Ataíde, señala su gran capacidad esquematizadora teórica y su total incapacidad para comprender la realidad nacional, al oponer premisas a los hechos sociales.

Frente a estas tendencias, Guerreiro habla de un complejo de alienación manifiesto en una "actitud consular" al enfrentarse los problemas brasileños por Freyre, Ramos y Nina Rodríguez que consideran al Brasil como material etnográfico al modo en que pueden enfrentarlo Pierson, Bastide, Willems, Staden, Metraux, Herskovits o cualquiera otro de los antropólogos y sociólogos que han estudiado en ese maravilloso crisol de fusión racial que es el Brasil. Afirma al respecto que tales autores "tratan el problema del negro como si se tratara de algo modificado y no como problemática social actuante, a la manera de Joaquim Nabuco", quien con su *O Abolicionismo* (1833) excede en oportunidad el academismo de muchos de esos trabajos.

En cambio, reconoce en los estudios indigenistas un sentido totalmente diferente, ya que siguieron un camino programático gracias a la acción de Cândido Mariano de Silva Rondón, máxima figura del indigenismo brasileño.

Para Guerreiro que considera a “la sociología o la antropología menos como cuestión de fórmulas que como virtualidad o estado de espíritu” es Silvio Romero quien inicia la tradición sociológica que se vincula a la sociedad brasileña, orientación que ha de ser perseguida por Euclides da Cunha.

Os Sertoes es el primer marco de la sociología brasileña (1902) y en él se manifiesta la preocupación por librar al brasileño de dependencias que le impiden ver la realidad del país. El “consularismo” vió en tal obra una afirmación de pesimismo frente al brasileño, ya que leyó las letras sin comprender su sentido orgánico.

Romero considera que el Brasil no es sociológicamente uniforme, trata de discernir las zonas sociales del mismo y es así como incide en su patología que él explica en función de la formación comunitaria brasileña que llega a formar verdaderas *oikocracias* o dominios públicos detentados en forma familiar; de ahí que proponga una educación particularista que luche en contra de los males de la formación comunitaria.

Euclides da Cunha no se sustenta de las ficciones de los intelectuales pues “la realidad de la nación y el hombre brasileños se ponen en duda, y parece incluso negada por los materiales objetivos que ofrecen la circunstancia mesológica y la historia. Oliveira Viana, por su parte sustenta la pluralidad de formación histórica de las diversas regiones y habla del sertanero y del paulista como tipos autónomos. Alberto Torres, a su vez, señala que “el estado funcional de la población brasileña se resume en una palabra: el Brasil no tiene pueblo. Su problema estriba en constituir artificialmente una *nacionalidad*; la creación y desenvolvimiento por arriba de la inteligencia para los hábitos, del raciocinio para los reflejos, del instinto de conser-

vación y el progreso nacional”; representa el punto más alto del pensamiento sociológico del Brasil según Guerreiro Ramos.

En seguida, menciona Ramos los esfuerzos hechos en la enseñanza y pesquisa sociológicas con Azevedo, Florestán Fernández y algunos otros más, y pasa a indicar la necesidad de contrarrestar el transoceanismo y la tendencia norteamericana indicadoras de madurez y de las que puede aprovecharse la técnica, pero no la actitud, ya que lo heteronómico de estas actitudes enseñadas en las escuelas, castran al intelectual o bien hacen que la cultura brasileña llegue a un punto seco que pone al intelectual “en disponibilidad desde el punto de vista ético”, o bien lo castran definitivamente desde el punto de vista intelectual, haciendo que sólo las actitudes populares sean creadoras.

Guerreiro Ramos llega a afirmar, hacia el fin de su trabajo —ágil, de delineados críticos precisos y plenos de conocimiento— que “el problema de organización de la sociedad brasileña es primordialmente el problema de la forma que esta sociedad debe asumir, forma que, en el caso del Brasil tiene que ser obra de la creación sociológica”.

Es este un opúsculo de síntesis crítica que se convertirá en guía inapreciable para quien pretenda aproximarse a conocer de los problemas sociológicos y de la sociología en el Brasil.

DE MORAES FILHO, EVARISTO: *O Problema de uma Sociologia do Direito*. Livraria Freitas Bastos, S. A., 1950.

Los tres primeros capítulos de este libro, proporcionan una interesante introducción histórica a la sociología en general; el cuarto, verdaderamente en-